

CARTA CUADRAGESIMA.

LA JÓVEN MADAMA DE VEYMUR (EN OTRO TIEMPO SEÑORITA DE SENNEVILLE) Á LA CONDESA DE VALMONT. [a]

Después de la última carta que te escribí, mi amada y buena amiga, aguardo con impaciencia noticias vuestras; y ¡cuán lenta eres en dárme las, según mis deseos! Bien lo sabes: mis afectos, aunque repartidos, no han perdido nada de su vivacidad; mis nuevos deberes no han podido moderarlos; y en mi corazón, siempre tierno y excesivamente sensible, no se ha sobrepuesto el amor á la amistad. Mucho me duele por lo mismo ver que me olvidas por tanto tiempo y estar siempre tan lejos de tí; y mi deseo mas ardiente seria poder gozar en este lugar á la par de mi esposo y de mi amiga. Mas puesto que no se me puede conceder tanto gusto, voy á consolarme, como lo he hecho hasta aquí, escribiendo á la una y hablandole del otro. Si, mi amada Emilia, sin arresgarme á fastidiarte y á desagradarte, todavía te voy á tratar de mi marido. ¡Qué trato mas dulce para dos corazones tan parecidos en sus afectos!

Mr. de Veymur [b], se me hace siempre mas querido por la confianza que me manifiesta y á causa de los peligros de que conosco mas y mas haberme librado esta union. ¡Oh mi buena amiga! cuando nos hablaba de sus extravios, nada nos habia dicho en comparacion de lo que le faltaba que decirnos: y ¡qué lecciones para nuestro sexo, es el cuadro de los cortejos de un jóven, cuando se las recuerda en edad madura, ó cuando se arrepiente y se acusa de ellos á sí mismo!

[a] Esta carta de la amiga de madama de Valmont es la única de todas las suyas que se ha conservado; su carácter de utilidad la ha hecho exepuar.

[b] El hermano del Conde.

Yo, compadezco poco á las que entre nosotros quieren bien ser seducidas: que llaman los peligros en vez de alejarlos; que en cierto modo preparan las redes en que debian dejarse coger, y abren bajo sus pasos los abismos en que no tardan en ser precipitadas. Lijeras, versátiles, locamente joviales, llenas de confianza en sus fuerzas como en sus atractivos, ya con todo medio vencidas cuando empiesan á ser atacadas, agusando con el prurito de agrandar y con la vanidad los dardos que se les disparan, bien merecian sucumbir [a], y no deben alcanzar mas que los frutos amargos del culpable conflicto en que se pusieron. Que trasportes indiscretos, que medidas mal concertadas las denuncien á los ojos perspicaces; que su conducta se haga notoria y las cubra de infamia [b]; que el libertino que las ha seducido sea el primero que revele su flaqueza para hacerla mejor servir á su triunfo; que al ménos, cansado de reprimirse, disgustado de su conquista por lo poco que le ha costado, y por que ya nada nuevo tiene que ofrecerle, la abandone indignamente y lleve á otra parte los mismos homenajes y la misma inconstancia; que estas tristes víctimas del orgullo, del amor y del placer, sufran todos los furores del celo, la humillan-

[a] Y cuando por imposibilidad no sucumbieran, ¿nada es para una jóven vana, aturdida, imprudente, las sospechas que ocasiona y los juicios que hace formar? Si la reputacion, principalmente en las mugeres, es el primero de todos los bienes de esta vida, y la fuente mas ordinaria de todos los demas, ¿no es nada ponerse á peligro de perderla? *La vanidad dice d'Arnaud, y el aturdimiento, son dos defectos de los que el mundo tiene quizas mucha indulgencia, y que á menudo traen consigo todos los inconvenientes del vicio. (Hist. Inglesa).*

[b] „Es menester honrarse para ser honrado; ¿cómo puede uno merecer el respeto de otro sin tenerlo de sí mismo? ¿y dónde se detendrá en la senda del vicio, quien sin espanto dió en ella el primer paso? (Rousseau.)

reacción de las burlas y del desprecio; todo el horror del arrepentimiento, o no se consuelen de su oprobio mas que con descarríos nuevos y un oprobio todavía mayor; todo esto, mi buena amiga, nada tiene que ellos no debieran esperar ni que debamos admirar nosotros. Pero que almas tiernas y sencillas, honestas y llenas de delicadeza, incapaces de querer nunca, ni que se les falte, ni faltarse a sí mismas, sean sin embargo la burla del sentimiento, de la estimación y de la confianza; que se vean seducidas por el artificio y la impostura; que sean traicionadas por su mismo candor; y sin haber concebido ninguna sospecha del peligro á que su mucha confianza las exponia, aprendan en su caída y sus desgracias, que de las mas pequeñas precauciones depende la única seguridad de las virtudes mas puras: ved aquí lo que no se puede lamentar demasiado, y lo que no puede servir por demás para ilustrarnos.

¡Ah mi querida amiga! ¡Dichosas aquellas á quienes tanto su virtud como circunstancias favorables han puesto al abrigo de los peligros! porque alcabo, ¿qué secretos resortes no hace mover el vicio para triunfar de la virtud? ¿Qué de feos misterios me ha revelado en este género Mr. de Veymür! y ciertamente, que sin el horror que ahora siente del arte odioso que puso en practica, yo estaria tentada de aborrecerlo. Pero seria demasiado injusta: porque al fin ¿qué faltas no borra un arrepentimiento sincero? El de que ahora se halla penetrado, puede solo asegurarme mi estimación; yo debo juzgarle por lo que es hoy, y no por lo que fué antes; y si bien lo acusa la compasión hácia todas las que sedujo, por sus remordimientos merece que se le absuelva. Adonde quietamente la lleva consigo; los deposita en mi seno, y solo yo he hallado el secreto de calmar su dolor, recibiendo la triste confesión. Si te lo participo; no es sin que él lo sepa y lo permita: eres para él como otra yo; y descubriéndonos á las dos sus manejos, quedará mas tranquilo; si halla gracia en el fondo de nuestros corazones. ¡Oh hom-

bres! ¡hombres peligrosos y pérfidos! deberíamos perdonaros tan facilmente los males que nos haceis? Porque en fin, mi buena amiga, ¿no es nuestra la causa de vuestro sexo? ¡Ah! por lo ménos adviertamos á nuestras semejantes los riesgos que corren; enseñemos á la inocencia que se guarde de la seducción, y felicitémonos nosotras de haber escapado en escollos marcados por tan tristes naufragios. Que no pueda yo ahora, mi amada Emilia, contactar todos los medios que se emplean para perdernos, y los grados apenas perceptibles con que se prepara nuestra caída! Con qué artificio se juega el sentimiento! Qué respeto se afecta terneros! Qué cuidado se pone en estudiar nuestros gustos para conformarse con ellos! Qué atención secreta en prevenir nuestra voluntad, en halagar nuestros deseos! Qué honestidad en toda la conducta! Qué decencia en los propósitos! Qué diestra y engañosa imitación de las virtudes que amamos! Qué manejo para ganarse nuestra confianza, y precisarnos á recibir bien la que se nos manifiesta! Pero despues, ¿qué abuso de esta misma confianza! Qué constante aplicación y que artificios para hacerse necesarios! ¿Lo han llegado á ser? Entonces se permiten conversaciones mas tiernas; se nos compromete á lecturas mas seductoras; se nos divierte con espectáculos y fiestas mas galantes; se aventuran por fin declaraciones mas directas; á esto se hace suceder el lenguaje expresivo de las pasiones mas vivas, del celo, del temor y de la desesperación; se reiteran los juramentos de fidelidad; pero, lo diré todo, mi buena amiga, para vergüenza de los seductores? ¡Oh cielo! ¿Qué intrigas y que vergonzosas maniobras! Cartas supuestas; criados seducidos y pervertidos; falsos lances, en que se nos compromete; sin dejarnos percibir las consecuencias; ocasiones funestas, dispuestas y preparadas de léjos, por el vicio, que se agita y vigila, mientras que la inocencia reposa sin sospecha y sin temor; persecuciones suscitadas discretamente en el seno de una familia, para hacernos

caer en brazos del mismo que las ha producido; las mas negras tramas, urdidas en el mas profundo silencio. . . . ¡Oh colmo de horror! los misterios de iniquidad se consuman; y una desgraciada víctima de tantas negruras ha dejado de ser virtuosa antes que su corazon, todavía enemigo del vicio, creyese que podia jamas abjurar la virtud. Tal es el término fatal á que el menosprecio de las pequeñas precauciones conduce á tantas almas honestas, que por educacion, por un fondo de razon, por sentimiento, y aun por religion, parecian solo nacidas para la virtud.

¿Qué medios pues para preparar tamañas desgracias? Vedlas aquí, me dijo tambien mi marido; estos son los únicos que verdaderamente resisten á todo género de seduccion: no tomar empeño en agradar, solo sí en hacerse honrar, vigilar sobre las mas ligeras impresiones del espíritu y del corazon, y comenzar pactando con la imaginacion que nunca se le permitirá divagarse en objetos que puedan servir para inflammarla; tener una amiga respetable; y la amiga mas segura es una madre verdaderamente digna de servir en esto, si se tiene la dicha de poseerla; descubrirle uno sin reserva su corazon, ó en falta suya, á cualquiera otra amiga suficientemente tierna, suficientemente virtuosa para poderla remplazar; desconfiar de todo el que nos adula, de todo lo que se dirige á ablandar nuestra alma y á enflaquecer nuestros principios; ponerse á cubierto de toda especie de vínculo mui intimo, de relacion mui estrecha con personas de otro sexo; y acordarse que el hábito llega por fin hasta hacernos amables los que á lo pronto nos eran mas indiferentes: así guarda una su propio corazon, vive feliz, tranquila, dueña de sí misma: así es una siempre respetable, siempre respetada, y goza interiormente de este testimonio tan lisonjero y tan dulce, como efectivamente merece serlo.

Tales son, mi buena amiga, los prudentes consejos de un hombre que tambien ha conocido el mundo, nuestros peligros, nuestras flaquezas y nuestros recursos. ¡Ojalá nunca necesitemos de aplicar-

nos estas lecciones á nosotras mismas! ¡Ojalá en nuestra boca lleguen á ser útiles, á las que ménos atentas y ménos instruidas, las necesitan mas que nosotras!

CARTA CUADRAGESIMA PRIMERA.

LA CONDESA AL MARQUEZ.

Un acontecimiento mui triste, sobre el que versa la conversacion de toda la corte y los cuentos de los cortesanos, dando mucho en que pensar á mi marido sobre el Conde de Laussane, ya no deja limites á sus sospechas celosas, y hace que yo ponga pocos á mis alarmas.

Una muger del mas elevado rango, cuyo nombre quiero que sepais por mí mas bien que por otro, acaba de dar el ejemplo y la prueba de las funestas consecuençias que resultan del olvido de los verdaderos principios y de la falta de religion. Esta muger, objeto en otro tiempo de la estimacion pública por su aplicacion á sus deberes y por la pureza de su fe, fué obligada por su marido á recibir en su casa al Conde de . . . , amigo íntimo del Baron, y filósofo como él. Aquella no tenia mas hijo que una niña todavía mui jóven, que siguiendo sus pasos, se hacia notar ya por sus virtudes, tanto como por sus atractivos y belleza. El Conde no dilató en insinuarse á su espíritu, escondiendo con artificio el veneno de sus peligrosos sistemas. Delante de ellas afectó toda la delicadeza del sentimiento; les habló el idioma de la virtud mas pura; sin darse por un hombre animado del espíritu religioso, las preparaba para que creyesen que sin la religion, pueden tenerse en el mas eminente grado, todas las cualidades que constituyen al hombre honrado según el mundo, y que las tenia uno con tanta mas seguridad, cuanto que entónces no tomaban linte ninguno de flaqueza y de supersticion. Así adquirió gradualmente la es-

timacion y la confianza de ellos. Hizo mas; prodigándoles los elogios, mas halagüeños, manifestando á cada uno en particular las consideraciones y cuidados mas diligentes, les inspiró afectos mas tiernos de que ellas todavía no habian aprendido á desconfiar. Muy ilustrado con sus primeros éxitos, creyó que no podía mejor asegurar su triunfo, que dedicándose á corromper enteramente su espíritu, para conseguir con mas facilidad pervertir sus costumbres; lo consiguió. Comenzó por hacerles nacer dudas; les prestó libros que contenian todo el veneno de la incredulidad; les inspiró la vanidad de bello espíritu, y el gusto de las indagaciones curiosas; les habló el jergon de la metafísica y de las ciencias mas abstractas; les descubrió con ménos miramiento su modo de pensar; y en poco tiempo las hizo pasar desde la estimacion y afecto á su persona, hasta la estimacion y creencia de sus opiniones.

El marido apereibió muy tarde el trastorno que esta nueva filosofía causaba en su casa; veia que se despreciaban absolutamente las ocupaciones esenciales, por peligrosas especulaciones y sutilezas vanas; vió que los deberes de la religion se omitian; que se despreciaba el decoro; que se recibian mal sus consejos; que una especie de pedantismo remplazaba á la prudente y dichosa sencillez; que los criados se habian vuelto razonadores á ejemplo de sus amas; que una academia de falsos sábios y de falsos virtuosos tenia sesiones ordenadas en su casa; y que sus antiguos amigos, se habian obligado á retirarse, á fuerza de desaires, de arrogancia y de desprecio. Quizo remediar el mal que el mismo habia ocasionado y suplicó que se alejase al Conde; pero ya no era tiempo. La madre y la hija exhalaban altos gritos; se amenazó; se fulminó; se trató al buen hombre de espíritu débil, supersticioso y tiránico, de hombre duro y salvaje, con quien no era posible vivir; se trató de separarse. El pobre marido se vió obligado á tener paciencia y encogerse. El Conde, mas acreditado que nunca, se manejó con una destreza siempre nueva entre la

madre y la hija, pues que una y otra se creian el objeto único de sus cuidados y de su amor. Muy pronto alcanzó sobre la última una victoria facil, que desgraciadamente tuvo resultados. Enfurecida la madre de verse burlada tan indignamente, desolada por haber deshonrado á su familia con su excesiva confianza, devorada de celo, y abandonada á la mas furiosa desesperacion, hizo un escándalo que ha perdido á su hija, y acabó matándose de una puñalada.

Valmont solo habla en mi presencia de tan horrible catástrofe, y no se bien que consecuencia pretende sacar de ella con relacion á mí. ¿Será preciso que me asemeje á mugeres poco virtuosas, que perdieron de vista la preciosa luz de la fe para meterse en las sombras y espesas tinieblas de la religion? Sea lo que fuere, sus menores conversaciones conmigo cubren siempre algun reproche, ó por lo ménos contienen secretas lecciones. Su alma está dispuesta para todas las impresiones desfavorables que se les quieran causar. ¿No tengo razon de estremecerme, padre mio?

Siempre recurro á vos para endulzar mis pesares, y para consolarme como madre de lo que sufro como esposa. Seguramente os acordais de la promesa que me habeis hecho de darme todavía algunos consejos acerca de la educacion de mis hijos en cuanto á la religion [a]. Conozco mas que nunca la necesidad de ella: este es el momento de cumplirme la palabra no solo por los frutos que algun dia saquen ellos de esto, sino para divertir mis penas con los objetos mas interesantes en la especie de abatimiento en que me hallo.

CARTA CUADRAGESIMA SE- GUNDA.

EL MARQUEZ Á EMILIA.

Tus temores, amada hija mia, me los inspiran á mí

[a] Véase el fin de la Carta décima.

mui vivos. No hables siempre dejándote abatir y desalentar, tú, á quien he visto siempre tan llena de confianza en el Señor, y tan resignada. Tú lo sabes, Emilia mia, nunca desampara al justo que espera en él; hace servir los mayores males al verdadero bien de los que lo aman; y de las humillaciones, de las penas que les envía, nacen á su tiempo el mérito y la felicidad. El te ama, hija mia, puesto que te prueba, y puesto que por las cruces, siguiendo las huellas de su divino hijo, nos lleva con mas seguridad á participar con él de su reino y de su gloria. Además de esto, no permitirá que seas tentada sobre tus fuerzas; puedes descansar en él por cuanto al éxito del combate, como á los frutos de la victoria. Pasemos, mi querida Emilia, á la promesa que te hice, y que tú me recuerdas. Respeto mucho tus miras y tus motivos para vacilar un solo momento en cumplirla. Se trata de formar algun día á tus hijos en la religion, al mismo tiempo que trabajes en hacerlos racionales: y aun otra vez habia comensado á darte sobre esto algunos consejos.

„La religion! diran tambien sobre esto nuestros pretendidos sábios; pero si es la vuestra, si es la religion del cristiano, ¿qué campo concede á la razon? ¿Qué campo? el que puede darle una autoridad racional y necesaria. No eres tú, Emilia mia, con quien yo debia discutir la naturaleza y la fuerza de esta autoridad; es con Valmont, puesto que el osaba desconocerla. En cuanto á tí, hija mia, cuando los mal creyentes de nuestros dias quieran ridiculizar tus instrucciones y tu método, te bastará responderles: „¡maestros del género humano! no respeto vuestros raros conocimientos; pero antes de querer ayudarme á educar á mi hijo, ponos de acuerdo siquiera sobre las grandes verdades que habeis venido á enseñar á los hombres.”

„Presentadles alguna cosa precisa: porque el estado de incertidumbre sobre lo que mas les importa saber, no es el estado de la naturaleza; en todos los pueblos ella lo repele con horror. Edificad siquiera

„una vez, y no os limiteis siempre á destruir; pero edificad de manera que sepa yo á que atenerme. Si vosotros no podeis ponerlos de acuerdo entre sí; si lo que el uno desecha el otro adopta, poneos de acuerdo al ménos con vosotros mismos, y no me hagais, ni tampoco á mi hijo, el desdichado juguete de vuestras perdurables variaciones y de vuestras contradicciones asombrosas; no me espongais á no creer nada por haberos creído mui ligeramente. Si hay algunas verdades que conservais todavía, yo sé de donde las habeis tomado; sin recurrir á vosotros, me basta remontarme á su fuente; allí las hallaré con toda su pureza, y no recelaré que se hayan corrompido ó envenenado al recorrer los dilatados círculos que las haceis pasar. Si teneis tambien misterios que ofrecirme (y cuán extraños misterios encierran vuestras interpretaciones de la naturaleza!), prefiero á los vuestros, aquellos de los que puedo decir, con que fundamento los creo. El mundo entero no está formado para acomodarse á vuestros admirables sistemas que no puede comprender; pero está formado para recibir una tradicion pura, apoyada en hechos brillantes que no permiten confundirla con la voz de la impostura.”

Consultemos pues, hija mia, esta tradicion luminosa, puesto que hay una que nos ha trasmitido el depósito precioso de grandes é importantes verdades de un modo mui fácil y mui mas seguro, que si lo hiciera el raciocinio. Ah! ¡es tan racional esta misma tradicion! necesito de una autoridad: no tomaré por guía la de nuestros sábios, acabamos de decir los motivos de esto; pero será la del cristianismo. Es menester acabar de manifestar á Dios á los hombres por la religion revelada, puesto que hasta aquí no ha sido bien conocido sino por ella, y que de todas las religiones que han pretendido instruirnos, solo la que profeso me ministra luces, un culto y virtudes dignas de él. Segun este pequeño número de reflexiones, instruirás desde luego á tu hijo, como el primer hombre, al salir de las manos de su criador debió instruir al

suyo, ó como los hijos de este instruyeron á sus hijos. ¿Qué se les debió decir? Sin detenernos mucho á filosofar con ellos (y el mundo no hubiera sido tan puro en aquella bella edad, si ya hubiese habido filósofos [a]), les decían sin duda: „Hijos míos, este bello universo no siempre ha existido, y vosotros estais rodeados por todas partes de las pruebas brillantes de su novedad [b].”

„No siempre ha habido en él hombres; el género humano ha comensado por nuestro padre, y el mundo ha sido creado casi á nuestra vista.” Después les contaban en términos sencillos y verdaderos la historia magnífica de la creacion; y no cataban seguramente, que de sus descendientes vendrian algun dia sábios que desmentirian á sus abuelos, para honrarse con la formacion de mundo por el concurso fortuito de los átomos.

„Hijos míos, volvían á decir, el mundo ha sido mas perfecto de lo que veis, el órden se manifiesta por sí mismo en él; y si le advertís hoy desórdenes aparentes, si el hombre no goza aqui de una felicidad más pura, no es defecto de su autor. Al mismo tiempo les declaraban el primer precepto impuesto al hombre para probar su obediencia. Creado libre, el hombre podia obedecer; lo debía y no lo hizo. Para castigarlo, la naturaleza ha cambiado para él, ha cambiado para nosotros. Guardémonos de acusar de injusticia al Ser Supremo de quien recibimos la existencia y todos los

[a] Este rasgo de jocosidad por parte del Marqués no debe infundir sospecha de su respeto hácia la sana filosofía. Por qué será que los hombres ponen el nombre en vez de las cosas, y que han envilecido con el abuso lo que hay mas respetable?

[b] Los anales del mundo nos ofrecen estas pruebas; y segun nuestros descubrimientos en todo género, se pudiera decir sin mucha temeridad, á fe mia, que el mundo está todavía en su infancia. [Vease á ras lo que se ha dicho á este propósito, notas que comienzan á la pag. 161 de este tomo].

„bienes que gozamos. El no nos debía dones mas grandes que los que nos ha hecho; y los bienes de que estamos privados, no deben hacernos desagracedidos de los que nos quedan. Por el contrario, admirémos su demasiada bondad; el sabrá sacar bien del mismo mal. No nos ha descubierto todos sus secretos; pero nos ha dicho lo bastante para inducirnos á esperar un reparador que le tributará mas gloria que cuanta pueden quitarle la falta de nuestro padre y la de todos los hombres, y que dará á los mismos hombres, si se aplican á merecerla, una felicidad mayor que la que han perdido. Tal es la gran promesa; la renovará muchas veces á nuestra posteridad. ¡Ojalá se transmita de edad en edad, siempre igualmente pura, y siempre mas clara á proporcion que se acerque su cumplimiento! ¡Ojalá de antemano nos aprovechemos de ella! ¡Y ojalá los que la vean cumplir la aprovechen como nosotros!”

Imita este lenguaje, hija mia, el libro mas antiguo que tenemos es el de el legislador de los Hebreos, son las divinas Escrituras: creo haber probado á tu marido la autenticidad de ellas, mejor de lo que pudiera probarle la de los títulos que acreditan nuestra antigua nobleza; mejor de lo que él mismo probaria la de los libros que mira como mas auténticos. La tradicion mas sostenida, mas constante, y puede decirse mas extensa, concurre á confirmar los hechos que estos santos libros contienen. La cadena de esta tradicion es no solo la mas bella que el ojo sábio y crítico puede observar; sino que los hechos mismos, aunque transmitidos en tiempos diferentes y por diversos autores, tienen un encadenamiento maravilloso que no se puede admirar demasiado. Esta es donde quiera la historia de Dios, de sus atributos, de su providencia, de sus promesas; es en general la historia de las grandes acciones, de las grandes virtudes, y la de la mas santa religion.

Toma cuando ménos, amada Emilia, el compendio de nuestros libros sagrados, refiere á tu hijo los

principales pasajes; en estas narraciones, tan interesantes como instructivas, sigue con él el hilo de los principales acontecimientos; con el atractivo de tus relaciones eleva su espíritu á las verdades mas sublimes; y trabajando en instruirle de un modo sólido en la religion, le infundirás ya el entusiasmo sagrado de las mas altas virtudes. A medida que sus conocimientos se ensanchen, que su razon se fortifique, hasle observar principalmente con ojo firme y seguro, la relacion admirable de ambos testamentos, y la perfecta unidad del plan de la religion [a].

En medio de estos grandes objetos, con los que ya se puede familiarizar una edad todavía tierna, hay nociones mas delicadas, mas difíciles de comprender; tales son los misterios. No te asustes por esto hija mia. Baja tus miradas con respeto, evalas despues con seguridad; contempla lo que te es permitido concebir, y á tu hijo muestra lo que puede ver por sí. Que tenga de la palabra *misterio* una idea clara y precisa como de una ver-

[a] Conosco un hombre fuera de otros, dice el Abate Fleury, que es medianamente instruido en su religion sin haber aprendido nunca de propósito los catecismos ordinarios, sin haber tenido en la infancia mas maestro que su padre. Desde la edad de tres años este buen hombre lo tomaba en sus faldas en la tarde despues de haberse retirado, le contaba familiarmente unas veces el sacrificio de Abraham, otras la historia de José, ó alguna otra semejante; le hacia ver al mismo tiempo en un libro figuras, y era una diversion en la familia repetir estas historias. A los seis ó siete años cuando este niño comenzó á saber un poco de latin, su padre le hacia leer el Evangelio y los libros mas fáciles del antiguo testamento, teniendo cuidado de explicarle sus dificultades. Toda su vida le quedó un gran respeto y una grande adhesion á la Escritura Santa y á todo lo concerniente á la religion." [*Catecismo histórico, Discurso preliminar.*]

Este catecismo de Fleury es uno de los mas propios para la instruccion de que aqui se trata.

dad que solo se descubre en parte, y atrae nuestra creencia sobre lo que hay mas oculto en fuerza de su enlace con las cosas mas conocidas que nos garantizan su certidumbre. Independientemente de la religion, la naturaleza sola no cesa de ofrecérsenos, y nos obliga á creer lo que tienen de obscuro, por lo que nos manifiesta de cierto. Por quanto al mismo misterio, hasle sensible lo que puede serlo en cierto modo. Su naturaleza, segun acabamos de decir, es no ser comprendido enteramente, pero dejándose ver sin embargo á una luz en que se le especifique y distinga suficientemente. Hablándole del reparador, del Mesias, te verás llevada al misterio de la adorable Trinidad. Un solo Dios en tres personas, una naturaleza divina mas fecunda todavía en lo interior que en lo exterior; ¡qué admirable verdad! Has observar desde luego á tu hijo que este misterio no contiene nada que se contradiga. Dia vendrá en que le manifestaré, como lo he manifestado á Valmont [a], que hasta hoy los hombres mas ilustrados no lo han juzgado contradictorio; que lo han creido; que lo han adorado; y que no han podido, ni buscándola, hallarle contradiccion.

Hay en las palabras alguna obscuridad, es cierto; pero proviene de la naturaleza de la cosa: no está fuera de la regla de admitir solo ideas claras en el orden natural, porque esto es un objeto superior á la razon, sin serle opuesto; y donde nos falta la nocion precisa de uno de los términos, fundados como lo estamos en la autoridad del mismo Dios, la creencia del objeto, suficientemente distinto bajo ciertos aspectos, mas confuso bajo de otros, no nos ha de faltar.

Escucha luego como habla sobre este misterio nuestro célebre Bossuet; así podrás tú con el tiempo hacer que te entienda tu hijo [b].

[a] Vease atras la carta 31.

[b] Vease el *Discurso sobre la historia universal*, por Bossuet, part. 2.^ª. Esta excelente obra será siem-

„Dios, contemplándose á sí mismo, engendra eternamente á su Verbo, que es la expresion perfecta „de su verdad, su imagen, su hijo único, el brillo mas puro de su luz, y la figura de su substancia [a]. Dios y su Verbo, contemplándose mutuamente, se unen por el amor, y producen el „Espíritu Santo, la union eterna del uno y del otro.”

Mas como el hombre está formado á imagen de Dios, también en el hombre y considerando las riquezas que lleva en el fondo de su naturaleza, hallarás una especie de imagen de este adorable misterio, accesible á tu discípulo. Yo contemplo la verdad, me contemplo á mí mismo; siento nacer en mí el pensamiento, ese germen de mi espíritu, esa palabra interior, ese verbo que es hijo de mi inteligencia, la luz mas pura de mi alma, y la imagen de su substancia. La fecundidad de mi espíritu no se reduce á este verbo que hace nacer en mí. Yo amo esta palabra interior y el espíritu de que procede; amándolos, siento en mí algo que no me es ménos precioso que mi espíritu y mi pensamiento, quiero decir, aquel amor que es fruto de uno y otro, que los une, que se une á ellos y no forma con ellos mas que una misma vida. Estas tres cosas, la inteligencia que me pertenece, el pensamiento que tengo de ella, y el amor que esta contemplacion produce, se suponen y se corresponden mutuamente, tienen entre sí una naturaleza comun, y no forman entre las tres mas que una sola substancia. De este modo, respectivamente á la relacion que puede haber entre Dios y el hombre, y de un modo mui mas excelente y mas elevado, subsiste la Trinidad que adoramos.

Empero nosotros mismos, que somos la imagen de la Trinidad, somos también bajo de otro aspecto la imagen de la Encarnacion, de este otro mis-

pre uno de los mas bellos monumentos de la religion, como es, por confesion de Voltaire, una de las obras mas clásicas de elocuencia.

[a] San Pabl., epist. á los Hebr., cap. 1. v. 3.

terio que debes enseñar á tu hijo, misterio igualmente profundo, pero que no se debe negar porque no se pueda comprender. ¡Y qué! ¡nuestros espíritus fuertes pondrán tantas dificultades cuando se trata de creer sobre nuestros dogmas una autoridad que deberian enseñarse á conocer, para respetarla mejor; y tendrán tan pocas cuando se trata de proponernos como verdades sus invenciones y sistemas! ¡Qué! ¡filósofos poco sábios é incomprensibles á sí mismos, harán á veces de su Dios el alma del universo, y querrán que la naturaleza sea el cuerpo de él; harán de todos los seres una sola substancia, mesclarán todo, confundirán todo, cambiarán las nociones mas comunes, oscurecerán todas las ideas; les será imposible creer, so pretexto de que no lo conciben, que la naturaleza divina por un amor infinito se haya dignado unirse á la naturaleza humana, sin alterar, sin confundir estas dos naturalezas, sin quitar á la primera ninguno de sus atributos, y sin sujetar la primera á ninguna de las imperfecciones de la segunda! Por lo que á nosotros toca, hija mia, ménos encalabrínados con las quimeras de una orgullosa filosofia, y mas dóciles á la voz del Señor, volvamos á entrar dentro de nosotros mismos, y admiremos allí aquella union inconcebible, pero tan sensible para nosotros, de dos naturalezas opuestas, el espíritu y la materia, el alma y el cuerpo. ¡Qué admirable prodigio las reúne en un mismo ser y hace de ellas una misma persona! ¿Qué vínculo inconcebible los une? El espinosista tronchará el nudo que no puede desatar: pero que el sabio verdadero, que no podrá confundir dos substancias tan diferentes en naturaleza y propiedades, descubra á nuestros ojos el misterio, y le hará sensible el de la Encarnacion. Admirémos, si es menester elevarnos todavía mas alto, esa idea tan positiva de lo infinito, recibida en un espíritu finito y limitado; y en esto, hija mia, la comparacion es tanto mas exacta, cuanto que esta idea admirable no contrae nada de las imperfecciones y de los defectos del espíritu que la recibe, y lo excede infinitamente.

A tí corresponde proporcionar el desarrollo de lo que te digo sobre los misterios relativamente á la instruccion de tus hijos, segun el alcance de su entendimiento y sus progresos, portándote siempre de modo que las ideas claras acompañen y sostengan lo que, por la naturaleza del misterio, debe quedar necesariamente obscuro. Pero sobre todo, dedícate á enseñarlos á sacar consecuencias practicas de estas grandes nociones, que no se dieron á los hombres para servirles tan solo de dógmas puramente especulativos: porque tal es el gran defecto de la enseñanza de las verdades de la fe, y lo que hace de la mayor parte de los cristianos, hombres que tienen una ciencia separada para la religion, y otra para las costumbres. Infunde pues á tu hijo todo el respeto hácia el Ser Supremo, que la profundidad de los misterios ocultos en la naturaleza divina debe inspirarle: todo el amor que debe existir en él la caridad inmensa de un Dios autor de la gracia y de la naturaleza, fuente de todo don, y que se dió á sí mismo; toda la obediencia y la fidelidad que deben inspirarle los atributos de la divinidad, su poder, su bondad, su sabiduría; todos los frutos que debe sacar de los grandes ejemplos del Hombre Dios; toda la caridad á los hombres que debe llevar al fondo de su corazon, la memoria de un Dios hecho hombre por su bien, y que no conoció excepcion ni limites en su amor.

Hasle amables tus instrucciones: quítales el tedio que las haria parecer insípidas, y el disgusto que las hiciera infructuosas. Exita en tu discípulo el deseo de escucharlas, picando su curiosidad con una prudente reserva, haciéndoselas considerar ménos como una leccion que como una recompensa, y si es posible, no dejándole percibir la intencion que tendrás de instruirle. Mas bien difírelas que dárselas en mala ocasion, es decir, como sonidos vanos, que no siendo comprendidos, dificilmente se repiten, y entran al espíritu solo por la violencia. Imprímelas con tus caricias; estas no son peligrosas mas que cuando parecen actos de flaqueza y de

dependencia en una madre, pero no cuando se parecen á la ternura y al amor. Acuérdate de las que la reina Blanca prodigaba á su hijo, cuando teniéndole en las faldas le decia: *hijo mio, Dios sabe cuanto te amo; pero mas quisiera verte morir, que verte cometer un solo pecado mortal.* Asi es como ella le hacia amar sus lecciones; asi es como se hizo amable á sus ojos y respetable para siempre; y asi es tambien, como haciendo de él un gran santo, lo formó tambien un gran rey. Emplea pues, á su ejemplo, aquel inocente artificio de una madre tierna que unta de miel los bordes del baso que presenta á su hijo, y con este atractivo le hace beber el saludable liquido que contiene [a].

[a] Tal es el ingenioso pensamiento del Taso en estos versos de la *Jerusalén libertada*: „Asi como al niño enfermo untamos los bordes del baso con dulce licor; y engañado bebe amargos jugos, y recibe la vida de su engaño. (*Cant.* 1.º)

FIN DEL TOMO SEGUNDO.